

EL COMERCIO.

Guayaquil, Marzo 15 de 1878.

LA CONVENCIÓN Y EL GOBIERNO.

Se creyó que había llegado para el Ecuador el período en que se efectúan sus esperanzas—el período en que debía resolverse el problema de un próximo porvenir—el período en que debía convertirse el antiguo pacto de servidumbre en una carta que realice la libertad y el derecho.

Debelar las huestes que sostenían el partido del retroceso y de las tinieblas, y reunir una Convención que consigne, en la ley fundamental, la luz que dirija á los pueblos por la senda del progreso, he aquí el gran pensamiento manifestado el Ocho de Setiembre—pensamiento cuya primera parte fué realizada por el Caudillo de la causa proclamada en esa memorable fecha. Se esperó que la segunda se realizara también por la gran Asamblea, compuesta de los más patriotas, de los más inteligentes, puesto que la gravedad de las circunstancias y la suprema importancia del objeto llamaban á ciudadanos de acendrado patriotismo y vasta instrucción, á denodados campeones de la inteligencia y de la libertad, que efectuasen la rejección sin exacerbar las susceptibilidades del fanatismo, á ciudadanos, en fin, capaces de salvar la patria, porque tengan en el entendimiento la luz de la idea rejeccionadora, y en la voluntad la decidida resolución de efectuarla, para bien del país.

Dos voluntades han debido, pues, realizar su transformación radical. La una representando el valor, para combatir al enemigo en los campos de batalla; y la otra representando la inteligencia, para luchar contra los errores, las preocupaciones y hábitos de servidumbre, en el terreno parlamentario.

Esas dos voluntades han debido marchar en perfecta armonía por la identidad del fin; más desgraciadamente parece que hay probabilidades de un conflicto, y que se prepara una nueva lid en la que se resolverá definitivamente, ó el predominio del terrorismo, ó el verdadero triunfo de la libertad—ó la vida ó la muerte de la patria.

Como señales de una situación fluctuosa, ó indicios que hacen sentir la tempestad, se encuentran tres puntos de la más alta trascendencia, aprobados por la Constituyente:

1.º Que mientras el Congreso se halle reunido, solo él podrá conceder privilegios para los descubrimientos, empresas, &c., y no el Ejecutivo, quien se limitará únicamente á otorgar patentes de propiedad.

2.º Que asimismo es una atribución peculiar al Congreso conceder amnistías generales ó indultos particulares, pudiendo hacerlo el Ejecutivo solo cuando no esté reunido el Cuerpo Soberano.

3.º Que objetada una ley por el Ejecutivo, no puede el Congreso tomar en consideración sus observaciones, sino con la mayoría de votos; y que en el caso de no haberla, el Ejecutivo tendrá que poner el *exequatur* á esa misma ley objetada.

Todo esto parece estar en perfecta armonía con los principios del derecho constitucional, y todo aparenta mucho liberalismo; pero ¿quién nos asegura que no sean meras apariencias que oculten un plan de coalición con el terrorismo?

Las resoluciones deliberativas, como emanadas de una Asamblea reunida en virtud del triunfo de la causa liberal, han debido ser francamente radicales, para no exacerbar las angustias de la patria, en vez de curarlas. Cuando las llagas son profundas, cuando el virus disolvente ha llegado á corroer las entrañas de la sociedad, los paliativos no solo son inútiles sino perniciosos.

II.

Reconocemos las altas atribucio-

nes de la Asamblea que representa la soberanía de los pueblos; y sin entrar en la averiguación de los títulos que justifican la legitimidad popular de la actual Convención, entremos de plano á dilucidar el asunto.

La teoría del sistema republicano tiene por objeto primordial poner á la sociedad acubierto de todo peligro de despotismo. De aquí es que si bien se establece como base la soberanía inmanente del Poder Legislativo, también se reconoce la necesidad del equilibrio entre todos los poderes, á fin de que contrabalanceándose mutuamente, se neutralice toda tentativa, toda tendencia despótica y apasionada. De tal suerte que, á pesar de ser reconocida en el Poder Legislativo la soberanía del pueblo, no puede ejercerla con absoluta prescindencia del Ejecutivo, sin colocar á la sociedad en el constante peligro de ser traicionada por sus mismos representantes.

El Poder Soberano debe, para cumplir su misión, dar una carta que impida toda tendencia despótica de parte del Ejecutivo; y este para ser consecuente con la suya, debe también negar su sanción á una ley fundamental que lleve consigo el jémen de la tiranía, que ha de llegar á desarrollarse en el seno de ese mismo Cuerpo Soberano; y negarla, bajo la más estricta responsabilidad, cuando se vean amagados los derechos de la patria, ó amenazada su libertad con la rehabilitación de los enemigos de ella.

En todo se manifiestan las aberraciones de la pobre humanidad. Según ellas, cuanto más se estrecha la esfera de acción del Ejecutivo, tanto más liberal es la Constitución. Quese declare en ella la esclavitud de la conciencia, el predominio del fanatismo y de los antiguos errores, nada de eso importa; en atando al Gobierno de piés y manos, ya la Constitución es liberal. Nosotros no dividamos ese carácter sino en todo lo justo, en todo lo que sea de utilidad pública, en todo lo que proteja el desarrollo de la inteligencia y de la libertad. Pertenece sinceramente á esta escuela y no traspasaremos jamás con el despotismo. No lo aceptamos en el Poder Ejecutivo, que quisiese encadenar al pueblo; ni podemos aceptarlo en el Poder Soberano, cuando intentara encadenar al Gobierno, para impedirle que desplegue su acción en beneficio de la patria inminentemente amenazada.

¿Quién nos dá la seguridad de que obrando la Convención con entera independencia del Ejecutivo, serán infalibles sus deliberaciones, ó que al menos ellas no sean dictadas por el espíritu de partido? ¿Quién nos garantiza que una Constituyente no puede abusar de las altas facultades que ha recibido de los pueblos, para hacerlos jimir bajo el yugo de leyes opresoras y retrógradas?

Y si este peligro existe aun en el estado normal de cosas ¿qué no podrá suceder en la actual crisis política, en nuestra borrascosa transición de la esclavitud á la libertad, cuando los terroristas y ultramontanos están empleando todo jénero de esfuerzos para reinstalar su predominio? ¿Qué no podrá suceder en una Asamblea reunida bajo el fragor de las pasiones y la influencia de un claro recalcitrante? ¿Qué no podrá suceder, cuando una Constituyente, convocada por el partido liberal, ofrece al país graves recelos, vehementes sospechas y desconfianzas?

Ahora más que nunca es de vital necesidad mantener el equilibrio entre los poderes á fin de que ninguno estorve al otro, con detrimento de los sagrados intereses de la patria que atribuyen al poder encargado de la fuerza armada la suma de facultades convenientes á circunstancias dadas.

III.

Señores diputados: Quince años de una aciaga dominación ha experimentado el país. Después de tan largo tiempo de abyecta servidumbre, una ley providencial que rije los des-

tinios de las naciones, dió lugar á que el Ecuador sacuda el yugo de esclavitud. Ahora bien; preguntó á vuestras honradas conciencias, en nombre de la causa liberal que os ha llevado al santuario de la Asamblea constituyente, en nombre del porvenir de la patria, y en el de los principios rejeccionadores que proclama el mundo civilizado ¿podéis limitar las facultades del Ejecutivo y despreciar su posición, en las actuales circunstancias, sin revelar, por el mismo hecho, un plan preconcebido, un plan ajeno de vuestra verdadera misión y del origen de donde la obtuvisteis? Muy serias interpretaciones se hacen de vuestros actos deliberativos, interpretaciones que ajitan la opinión pública.

Habéis declarado que al Congreso le es potestativo exclusivamente conceder privilegios para descubrimientos y empresas. Si las concesiones hechas por ese poder son buenas ¿por qué sustraerlas al conocimiento é intervención del Ejecutivo? Puede muy bien haber alguna empresa por la que se grave la nación, ó que proteja miras subversivas, no importa; basta contar con una mayoría del Cuerpo Soberano, sin que el Gobierno pueda impedirlo. ¿Y será esto patriotismo, señores convencionales?

Habéis dispuesto que la facultad de conceder amnistías é indultos reside exclusivamente en el Congreso, mientras se halle reunido. Esto, en nuestra situación alarmante, conduce á sospechar que sea talvez con el objeto de que vuelvan al país los terroristas, sin embarzo ni oposición alguna. Declarar amistiados y conceder indultos á enemigos irreconciliables con la libertad, á los que han derramado torrentes de sangre, causando tantas desgracias, sería consagrar la impunidad de atroces crímenes, y restablecer en el país el predominio de los conservadores, sobre las ruinas del partido que enarbó el pabellón de la libertad en los gloriosos campos de los Molinos y Gálte. ¿Y sería eso liberal, señores diputados?

Habéis resuelto que no se tomarán en consideración por el Cuerpo Soberano las observaciones que haga el Ejecutivo contra alguna ley, sino cuando haya mayoría ¿Y no habiéndola? ¡Oh! entónces el Presidente pondrá el *exequatur* á la ley que rechaza y objeta. Por manera que se verá compelido á decir *ejecútese* eso mismo que quiero que no se *ejecute*. Puede dar el Cuerpo Soberano las leyes que guste aunque sean las más retrógradas, ó agresivas al derecho y la justicia, no habiendo una mayoría que las reconsidere, como evidentemente no la habrá, el Caudillo de la Rejección á quien han nombrado Presidente de la República, se verá obligado á hacerlas cumplir, aunque estén en pugna con el programa de Setiembre. ¿Y esto será justo, será razonable, señores constituyentes?

El Poder Ejecutivo no es un poder que hace las leyes; pero tiene derecho para objetar las que no estén en armonía con los intereses del país y los principios consagrados por la razón. De aquí es que en todos los pueblos civilizados se concede á ese Poder la facultad de impedir los efectos de las leyes votadas por las cámaras, negándoles su sanción.

Se dirá que residiendo en la Convención la soberanía, y hallándose en pleno ejercicio de las facultades que ha recibido del pueblo, solo ella tiene que entender de los destinos del país, con absoluta prescindencia de los otros poderes? Si á este principio se le diera toda la latitud que se pretende, quedarían desde luego suprimidos el Ejecutivo y el Poder Judicial, cuyas funciones debía ejercer la Constituyente. Pero como existen esos Poderes á pesar de estar reunida la Convención, su mera existencia supone el ejercicio de las atribuciones que les son peculiares.

Para realizar el equilibrio de los poderes, será necesaria cierta oposición entre ellos, es decir, la q' nasce de la resistencia que cada uno debe pre-

sentar á la invasión de sus facultades privativas, á fin de que todos marchen dentro de sus respectivas órbitas; lo que dá por resultado la garantía de las libertades públicas. Así, toda vez que el Poder Legislativo está subyugado por el Gobierno, el pueblo se ve atado con fuertes cadenas, como ha sucedido en los nefastos tiempos de García Moreno. En esa malhadada época se presentó el vergonzoso ejemplo de que una cosa q' llamaron la convención del 69, precisamente no fué más que una cosa, ó instrumento pasivo de la tiranía. Pero esto es muy distinto del caso en cuestión. No se trata de que la Convención se entregue al Ejecutivo, sino de que no esté en los intereses de la patria, limitar la acción del Gobierno, en momentos alarmantes, en circunstancias supremas, que es necesario dar todo el ensanche posible al Ejecutivo, para que reprima y contenga un cataclismo político, que daría el triunfo á los enemigos de la libertad y hundiría el país en un abismo de desventuras.

¡Liberales de distintos colores y opiniones, optad! ¿Estais dispuestos á transijir con los terroristas? Pero díganlo de una vez ¿estais dispuestos á ser víctimas de la incesante venganza, del furor y de la zafia del enemigo comun, y dejar el país entregado á la coyunda del terrorismo; ó mostrais siempre dignos de la noble causa que habéis defendido, renovando vuestro entusiasmo, vuestro valor y patriotismo para coronar la obra iniciada en Setiembre y ceñir vuestra frente con la aureola de los verdaderos libertadores de la patria, de los infatigables defensores de la libertad!

REMITIDOS.

UNA SESION DE LA CONSTITUYENTE.

[Continuación.]

Esta política insidiosa y falsa que no revelaba otra mira que la perpetuidad en el mando y el afianzamiento del despotismo á todo trance, fué una nueva amenaza contra la libertad del continente, que aumentó las prevenciones y desconfianza de toda la América por la venta del Ecuador á la Francia, y dió ocasion al Presidente de los Estados Unidos de Colombia para invitar á García Moreno á tener una conferencia en la frontera del Carchi. Aceptada y eludida á un mismo tiempo, marchó un ejército de once mil ecuatorianos, invadió el territorio de Colombia, y su resultado fué la batalla de Cusapud.

Venido segunda vez, y viéndose perdido sin remedio, porque creía no poder ajustar la paz, llamó García Moreno al último Presidente del Senado para que se hiciese cargo del Poder Ejecutivo, y resolvió salir del país, dejando la República en completa acefalía, porque el mismo Presidente del Senado se hallaba ausente. El General Mosquera, en el entretanto, había avanzado hasta la plaza de Ibarra, y los liberales para parar á tal emergencia, formularon una acta de pronunciamiento nombrando al General Urquina Jefe Supremo de la República, estableciendo por punto capital la perfecta y absoluta independencia del Ecuador, su autonomía y su antiguo modo de ser, y dejándolo ligado á los Estados Unidos de Colombia, conforme á los tratados preexistentes entre las dos Repúblicas.

Sin embargo de no haber tenido ningún resultado práctico el acta en referencia, persiguieron tenazmente, y huyendo de la persecución, nos entregamos al General Flores por medio del benemérito y malogrado General Manuel Tomás Maldonado; remitidos presos á la capital, púsose en el tormento de la barra de grillos y se nos mandó juzgar como traidores á la patria. A los seis meses de prisión, después de habérsenos exigido valiosas fianzas en dinero para sacarnos del tormento, y manteniéndonos siempre presos, recibimos los plácemes por la sentencia absolutoria de la Corte Superior de Quito, que había quedado por firmarse para el siguiente día. El único Ministro opuesto á la abolición puso este incidente en conocimiento de García Moreno que, en la sed de nuestra sangre y el propósito de hacer rodar nuestras cabezas sobre el cadalso, llamó á uno de los otros dos Ministros que estuvieron por la abolición, le ordenó nuestra condena y, en seguida, fuimos sentenciados á muerte. La Corte Suprema, compuesta en su mayor

